

[Publicado previamente en: *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Roma, 9-14 novembre 1987*, Roma 1991, vol. 1, 27-50 (también en J.M<sup>a</sup> Blázquez, *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, Madrid 1992, 491-523). Editado aquí en versión digital por cortesía de los autores, como parte de la *Obra Completa* del Prof. José María Blázquez, bajo su supervisión y con la paginación original].  
© José María Blázquez – M.<sup>a</sup> Paz García-Gelabert

## Los Bárquidas en la Península Ibérica

José María Blázquez – M.<sup>a</sup> Paz García-Gelabert

Cartago compensó la pérdida de Sicilia y de Cerdeña después de la Primera Guerra Púnica, con la conquista de la Península Ibérica, cuyas fabulosas riquezas conocía bien de antiguo pues las había explotado, aunque no había conquistado el territorio <sup>(1)</sup>. Ha sido afirmado por el gran hispanista A. Schulten <sup>(2)</sup> que, después de la primera Guerra Púnica, Cartago había perdido la Península Ibérica, apoyándose en el texto de Polibio (II 1,5) que dice: «Amílcar Barca, restableció en Iberia las posesiones de los cartagineses». Esta tesis ha sido seguida por A. García y Bellido <sup>(3)</sup>. El mismo autor (I 10,5); escribe «sin dejar de ver, en último término, las claras objeciones, veían también que los cartagineses habían sometido no sólo los territorios de África, sino además muchos de España», frase que parece confirmar la dominación cartaginense en la Península Ibérica.

---

(1) J. M. Blázquez, *Historia de España antigua. I. Protohistoria*, Madrid 1980, pp. 409 ss.; C. González Wagner, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid 1983, pp. 391 ss. En general sobre la Historia de Cartago para encuadrar los acontecimientos de la Península Ibérica, véase E. Acquaro, *Cartagine: un impero sul Mediterraneo. Civiltà e conquista della grande nemica di Roma*, Roma 1978; O. Arteaga, *Las influencias púnicas, La Baja Época de la cultura ibérica*, Madrid 1981, pp. 117 ss.; F. Barreca, *La civiltà di Cartagine*, Cagliari 1964; J. M. Blázquez, *La romanización I*, Madrid 1974, pp. 85 ss.; *Idem*, *Arte de la Edad de los metales. Arte orientalizante, fenicio y cartaginés; Historia del Arte Hispánico. I, La Antigüedad I*, Madrid 1978, pp. 289 ss.; *Idem*, *Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España: ACFP 1*, pp. 311 ss.; G. Chic, *La actuación político-militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218: Habis*, 9 (1978), pp. 233 ss.; W. Görlitz, *Hannibal. Eine politische Biographie*, Stuttgart 1970; A. Heuss, *Der erste punische Krieg und das Problem des römischen Imperialismus (Zur politischen Beurteilung des Krieges)*, Darmstadt 1970; K. Christ et alii, *Hannibal*, Darmstadt 1974; Varios, *Hannibal Pyrenaeum transgreditur. XXII Centenari del Pas d'Annibal pel Pirineu 218 a.C. -1982 d. J.C.*, Puigcerdà 1984; F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, I-III, Oxford 1957-1979, fundamentalmente para todos los comentarios a Polibio; J. Vallejo, *Tito Livio. Libro XXI*, Madrid 1946. Sobre el mundo ibérico véase: varios, *Iberos*, Jaén 1987. Estudio importante sobre las causas de la guerra y el cerco de Sagunto. Varios: *RSA*, 13-14 (1983-84); C. Nicolet, *Les guerres puniques: Rome et la conquête du monde méditerranéen. 2. Genèse d'un empire*, Paris 1978, pp. 594 ss.; F. Hampl, *Einige Probleme der Forschung zum Hannibalischen Krieg in alter und neuerer Sicht: RSA*, 13-14, pp. 9 ss. T. Kotula, *Hannibal-Sufet und seine vermeintlichdemokratische Reform in Karthago*, pp. 87 ss.; J. M. Roldán, *Historia de España Antigua*, Madrid 1985, pp. 15 ss.; sobre grafitos púnicos véase J. de Hoz, *El barco de El Sec (Mallorca) y los grafitos mercantiles de Occidente. Estudio de los materiales*, Mallorca 1978. Generalmente se infravalora la aportación hispana en la bibliografía moderna; D. Harden, *The Phoenicians*, Harmondsworth 1980<sup>3</sup>; S. Moscati, *Fenici e Cartaginesi in Sardegna*, Milano 1968; *idem*, *I Cartaginesi in Italia. Alia scoperta di una civiltà sepolta*, Milano 1977; *Idem*, *Il mondo dei Fenici*, Milano 1979; *Idem*, *Cartaginesi*, Milano 1982; A. Parrot – M.H. Chéhab – S. Moscati, *Les Phéniciens. L'expansion phénicienne*. Carthage, Paris 1975; G. de Beer, *Hannibal. The Struggle for Power in the Mediterranean*, London 1974; J. Fernández Nieto, *España Cartaginesa: HA*, 1 (1971), pp. 335 ss. Fundamental por la crítica de la bibliografía. S.-E. Tlatli, *La Carthage punique*, Paris 1978; B. H. Warmington, *Storia di Cartagine*, Torino 1960; D. Proctor, *Hannibal's March in History*, Oxford 1971; G. Charles-Picard, *Hannibal*, Paris 1967; G. C. Charles-Picard, *La vie quotidienne à Carthage au temps d'Hannibal*, Paris 1982<sup>2</sup>.

(2) *Fontes Hispaniae Antiquae*, Barcelona 1935, pp. 9 ss.

(3) *Historia de España. España protohistórica*, Madrid 1975, pp. 365 ss.

Algunos indicios se conocen de un importante comercio cartaginés y control con anterioridad a la llegada de los Bárquidas, en el Levante Ibérico, como indica Appiano (*Iber.* 6). Así, las primeras dracmas de Emporión ofrecen un tipo cartaginés, el del caballo parado, que prueba unas relaciones comerciales entre los griegos ampuritanos y los cartagineses <sup>(4)</sup>, o mejor que Ampurias está dentro del área comercial de Cartago, lo mismo se puede asegurar de ciertas monedas de Ullastret, localidad próxima a Emporión. J.-P. Morel <sup>(5)</sup> (Fig. 1) ha



Fig. 1 - Mapa de la distribución de las cerámicas de barniz negro, púnicas o de influencia púnica. Según J.-P. Morel.

- |                    |                               |                                     |                                     |
|--------------------|-------------------------------|-------------------------------------|-------------------------------------|
| 1. Cartago         | 18. Córdoba                   | 34. Los Villares                    | 50. Olbia                           |
| 2. Lenta           | 19. Málaga                    | 35. Puntal deis Llops               | 51. Cagliari                        |
| 3. Sabratha        | 20. Adra                      | 36. Sagunto                         | 52. Pecio de La Secca di Capistello |
| 4. Magraoua        | 21. Villaricos                | 37. San José                        | 53. Solunto                         |
| 5. Gastel          | 22. Cabecico del Tesoro       | 38. Tarragona                       | 54. Palermo                         |
| 6. Utica           | 23. Castillico de las Peñas   | 39. Badalona                        | 55. Segesta                         |
| 7. Ras Zebib       | 24. El Cigarralejo            | 40. Cabrera de Mar                  | 56. Mozia                           |
| 8. Vaga            | 25. Archena                   | 41. Ullastret                       | 57. Lilybeo                         |
| 9. Collo           | 26. Cartagena                 | 42. Ampurias                        | 58. Selinunte                       |
| 10. Cherchel       | 27. La Escuela                | 43. Tornabous                       | 59. Heraclea Minoa                  |
| 11. Gouraya        | 28. La Alcudia de Elche       | 44. Ibiza                           | 60. Pantelleria                     |
| 12. Les Andalouses | 29. La Albufereta de Alicante | 45. Pecio del Sec                   | 61. Ostia                           |
| 13. Kouass         | 30. Peñón de Ifac             | 46. Pecio de Na Guardis             | 62. Teano                           |
| 14. Huelva         | 31. Covalta                   | 47. Pech Maho                       | 63. Paesturn                        |
| 15. Cádiz          | 32. La Bastida de Mogente     | 48. Lugar indeterminado de Portugal | 64. Trípoli                         |
| 16. Sevilla        | 33. Valencia                  | 49. Pecio de La Ciotat              | 65. La Rabta                        |
| 17. Itálica        |                               |                                     | 66. Melilla                         |

(4) L. Villaronga, *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona 1979, p. 102.

(5) *La céramique à vernis noir de Carthage. Sa diffusion. Son influence: Carthage VIII*, CEA, 18 (1986), pp. 53 ss. En general J. M. Blázquez, Las relaciones entre Hispania y el Norte de África durante el gobierno bárquida y la conquista romana (237-19 a.C.): *Saitabi*, 11, pp. 21 ss.

estudiado recientemente unos vasos importados de Cartago (Figs. 2-3), que se extienden por el S. de la Península Ibérica, desde Sevilla, Málaga y Almería, principalmente por Carthago Nova y Murcia, hasta Ampurias, pasando por Alicante y Valencia; esta zona la considera este autor como «celle des intérêts barcides en Espagne». Lo más importante es la cronología: «Chronologiquement, elle paraît commencer des avant la conquête barcide proprement dite». La destrucción de una serie de poblados ibéricos, como La Bastida de los Alcuses, Mola de



Fig. 2 - Vaso cerámico procedente de Castillo, de influjo púnico, Museo arqueológico de Linares, Jaén.



Fig. 3 - Urna de los Castellones de Ceal, Jaén, de influjo púnico.

Torró, hacia el 350/330 a.C., se atribuye generalmente a los cartagineses, «solamente puede pensarse en la posibilidad de una intervención de los ejércitos cartagineses de la primera época de la ocupación de España, únicos, a nuestro entender, con poderío suficiente para ocasionar la desaparición de estos grandes y bien fortificados poblados, en acciones bélicas bien antes del tratado establecido en Roma en el año 348, bien después del mismo», según D. Fletcher y E. Pla <sup>(6)</sup>. Desde finales del s. IV hasta la segunda mitad del siglo III a.C. sufrió

(6) Restos escultóricos de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mugente, Valencia): *Homenaje García Bellido*, III, Madrid 1976, pp. 55 ss.; J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua*, cit., p. 429; Idem, *Panorama general*, cit., pp. 322 ss.; E. A. Llobregat, El papel de los cartagineses en la Historia Antigua del país valenciano, a la luz de los estudios recientes: *Cuadernos de Historia*, 5 (1975), pp. 1 ss.; J. Uroz, *Economía y sociedad en la Contestania Ibérica*, Alicante 1981, p. 250, afirma este autor que no hay datos seguros cronológicos sobre la destrucción de los poblados. E. A. Llobregat, *Contestania Ibérica*, Alicante 1972, p. 161. En Contestania después de estas destrucciones no se vuelve a hacer escultura (T. Chapa, *La escultura zoomorfa ibérica en piedra I-II*, Madrid 1980).

Sobre los monumentos funerarios supuestamente destruidos por los Bárquidas: M. Almagro Basch, Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizable: *MM*, 23 (1983), p. 286. Si se acepta, como parece muy probable, que los vasos griegos los traen los cartagineses, desde la primera mitad del s. IV, ello indica que tenían fuertes intereses mercantiles, y ello podía explicar las destrucciones. Quizás hubo en la Península Ibérica una política expansionista como la de Sicilia durante el s. IV, a la que se deben las destrucciones.

Los Bárquidas seguirían en Hispania la misma política expansionista que caracteriza su historia en el Mediterráneo central: L. Maurin, Himilcar le Magonide. Crises et mutations a Carthage au début du IV<sup>e</sup> siècle avant J.-C.: *Semitica*, 21-22 (1962), pp. 5 ss.

graves quebrantos una serie grande de poblados ibéricos (la Alcudia de Elche, La Serreta de Alcoy, El Castellaret de Mogente), y otros desaparecieron, La Bastida de los Alcuses de Mogente, El Puig de Alcoy, y la Mola de Torró de Fuente la Higuera. Los pudieron destruir perfectamente los cartagineses, según la tesis tradicional, que hoy se pone en duda, que fueran los cartagineses, pues la cronología de la destrucción no es segura, aunque es muy probable que lo fueran. Estas destrucciones de poblados y de la escultura ibérica (Figs. 4-7), que



Fig. 4 - Cuerpo de Sirena hallada embutida en el empedrado de una sepultura de Corral de Saus, Mogente, Valencia.

aparece totalmente machacada a propósito podían deberse también a luchas intestinas de unos reyezuelos contra otros, a los que alude Estrabón (III 4,5), como constante de la Hispania Antigua, o a las razzias de los celtíberos sobre Turdetania y Levante recordadas en las fuentes. Para las destrucciones de finales del V o comienzos del siguiente, difícilmente puede pensarse en los cartagineses. Incluso se ha supuesto que fueran los cartaginenses los que destruyeron los monumentos funerarios del Levante ibérico (Fig. 8), que son muy numerosos, unos 30, o las tumbas principescas, como hicieron las tropas de Cartago en las guerras grecopúnicas de Sicilia.

Así Himera fue arrasada, y los santuarios destruidos en 409 a 408, como el famoso templo erigido con ocasión de la paz del 480 (Diod., XIII 62).

En el segundo sitio de Siracusa, del 396, el general cartaginés Himilcón destruyó la necrópolis, al igual que los mausoleos de Gelon, el vencedor de Himera y de su esposa, Damarate (Diod., XIV 63). Profanaron también los templos de Ceres y de Proserpina (Diod., XIV 63,70). Los templos de Agrigento, salvo el de Zeus, fueron incendiados o destruidos (Diod., XIV 82).



Fig. 5 - Figura femenina muy mutilada que formaba parte relleno de una sepultura escalonada de la necrópolis de Corral de Saus.



Fig. 6 - Capitel de Elche (Alicante), muy destrozado, del Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

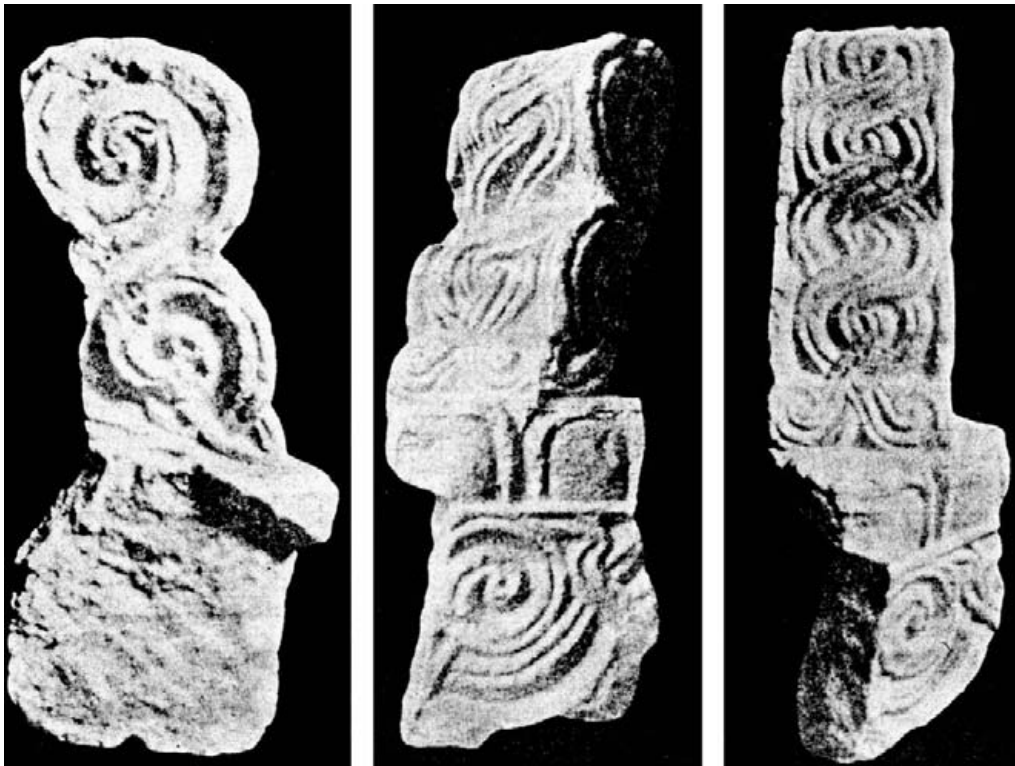


Fig. 7 - Elemento arquitectónico de Montilla, muy mutilado (Córdoba). Museo Arqueológico de Córdoba.

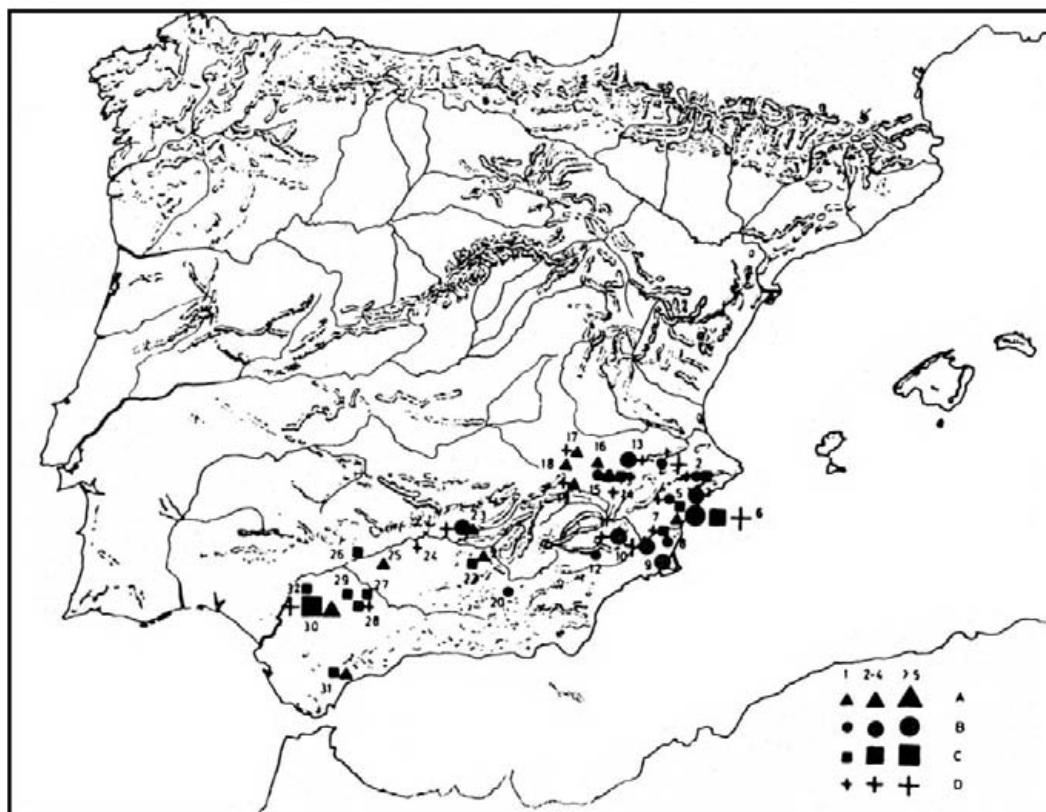


Fig. 8 - Mapa de los monumentos funerarios, que aparecen muy destruidos. Según Martín Almagro.

Las dos grandes fechas de destrucciones son: finales del siglo V o comienzos del IV, y finales del s. IV y comienzos del s. III. La mayoría de la escultura ibérica, y la de buena calidad artística, es anterior a la destrucción de estos poblados. Los reyezuelos turdetanos proporcionarían los metales a Cartago y otros productos, como el garum exportado a Cartago (Ps. Arist., *De mirab. ausc.* 136) y desde aquí al Mundo Griego con anterioridad a la Primera Guerra Púnica <sup>(7)</sup>, y los mercenarios ibéricos, que luchan en el bando de Cartago durante las guerras Greco-Púnicas de Sicilia <sup>(8)</sup>. Con la Primera Guerra Púnica se cortó esta explotación, lo cual puede ser debido perfectamente a la fatiga de la explotación indirecta a través de las poblaciones turdetanas y de los propios reyezuelos. La revuelta de los mercenarios en Cartago no halla otra explicación, sino que los ingresos de las minas hispanas no llegaban a Cartago entre los años 241 y 238. A esta época y no antes, debe referirse el suceso contado por el historiador galo, contemporáneo del emperador Augusto, Trogo Pompeyo, conocido a través de Justino (XLIV 5,2-4) cuando escribe: «celosos los pueblos vecinos de la prosperidad de Cádiz, la atacaron; pero entonces los cartagineses enviaron auxiliados a sus consanguíneos, vengando con su victoria la injuria y sometiendo parte de la provincia. Animados por la

(7) Véase las fuentes en A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, Madrid 1953, pp. 457 ss.; Idem, *Historia de España. España Protohistórica*, pp. 356 ss., pp. 381 ss.

(8) Los textos están recogidos por A. García y Bellido, *Historia de España. España Protohistórica*, pp. 647 ss.

expedición primera enviaron al general Amílcar con un ejército mayor para conquistar la provincia». Estos sucesos encajaron perfectamente en los años anteriores a la llegada a la Península Ibérica de Amílcar Barca.

Las minas de Sierra Morena eran trabajadas en un principio por los nativos, según testimonio del historiador Diodoro Sículo (V 35-38) <sup>(9)</sup>. Los cartagineses pagaban los minerales probablemente con los vasos griegos que aparecen depositados en las tumbas de finales del s. V y de la primera mitad del siguiente. Es muy probable que éstos sirvieran como moneda para pagar la plata extraída de las minas hispanas de Sierra Morena. El Ps. Scylas (112 Müller) afirma que a Occidente traían los vasos áticos los fenicios. La cerámica griega de la primera mitad del s. IV a.C. de Cástulo, del levante ibérico desde Valencia hasta el sur, y la del pecio del Sec la importaron los cartagineses, muy probablemente, pues lleva, a veces, grafitos púnicos <sup>(10)</sup>.

La riqueza en minerales de la Península Ibérica era tan fabulosa, que, al decir del geógrafo griego Strabón (III 2,14), contemporáneo de Augusto, al llegar los Bárquidas a Hispania se «hallaron los pueblos de Turdetania utilizando pesebres y toneles de plata». Sobre la riqueza en metales de Turdetania y de las regiones vecinas Strabón (III 2,8) escribió esta afirmación lapidaria: «Hasta ahora, ni el oro ni la plata, ni el cobre, ni el hierro nativos se han hallado en ninguna parte de la tierra tan abundantes y excelentes».

En esta época las minas de la actual provincia de Huelva, en las que se trabajó activamente en el período orientalizante o tartésico <sup>(11)</sup>, no se encontraban en explotación, como lo indica la ausencia de vasos griegos en la región, al revés de lo que sucedió en el período orientalizante. En el año 231 a.C. está atestiguada la primera intervención de Roma en los asuntos de Hispania. A este respecto escribe el historiador Dión Casio (XII fr. 48 Boissvain): «Para recoger información enviaron los romanos una embajada, aunque con anterioridad nunca se habían interesado en las cosas de Hispania, Amílcar les recibió amistosamente, y con amables palabras, les indicó entre otras varias cosas que se había visto obligado a traer la guerra a la Península Ibérica, para poder terminar de pagar las deudas que los cartagineses habían contraído con los romanos, ya que por ningún otro procedimiento podían librarse de ellas, a lo que los romanos no objetaron nada».

Las minas de Hispania, el distrito minero más importante de todo el Mediterráneo en el Mundo Antiguo, podían pagar perfectamente la indemnización de guerra impuesta por Roma después de la Primera Guerra Púnica. Los Bárquidas <sup>(12)</sup> explotaron directamente las minas de las proximidades de Cartago Nova y las de Sierra Morena, según la afirmación de Diodoro Sículo, introduciendo sistemas de explotación helenísticos <sup>(13)</sup>, copiados más concretamente del Egipto lágida, como los tornillos de Arquímedes y otras máquinas para achicar y extraer el

---

(9) J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania Romana*, Bilbao 1978, pp. 253 ss.; *Idem*, *Historia económica de Hispania*, Madrid 1978, pp. 21 ss.; *Idem*, *Historia de España. España Romana*, Madrid 1982, pp. 299 ss.

(10) J. Desanges, *Recherches sur l'activité des Méditerranées aux confins de l'Afrique*, Roma 1978, pp. 110 ss., 419.

(11) D. Ruiz Mata, El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva): *MM*, 22 (1981), pp. 150 ss.

(12) Sobre el imperialismo cartaginés anterior a los años del gobierno de los Bárquidas, véase: G. Whittaker, *Carthaginian Imperialism in the Ancient World*, Cambridge 1978, pp. 59 ss.; W. Hoffmann, *Karthagos Kampf um die Vorherrschaft im Mittelmeer*. *ANRW*, 1 (1972), pp. 341 ss.; F. Hampl, *Zur Vorgeschichte des ersten und zweiten Punischen Krieges*, pp. 412 ss.

(13) J. F. Healy, *Mining and Metallurgy in the Greek and Roman World*, London 1978, pp. 68 ss., pp. 139 ss.

agua, que después pasaron a los romanos (<sup>14</sup>). Los procedimientos de extraer el mineral y de tratarlo, descritos por Diodoro Sículo, por Strabón (III 2,8-9) cogiéndolos de Posidonio, que visitó Cádiz durante la Guerra Sertoriana para estudiar el fenómeno de las mareas, y de Polibio (Str., III 2,10) (este último en lo referente a las minas de Carthago Nova), son helenísticos, y presuponen una organización extraordinariamente perfeccionada y fuerte, que no debían tener los reyezuelos ibéricos, antes de la llegada de los Bárquidas. Los Bárquidas explotaron las minas de Sierra Morena, aunque según Cl. Domergue, autoridad máxima en el estudio de las minas hispanas, no quedan huellas de la explotación cartaginesa; ello se debe, probablemente, a que lo fueron intensamente después por los romanos y se perdieron los restos de la etapa anterior.

Se conoce el rendimiento de algunas minas hispanas en época de Aníbal, como la célebre mina Baebelo, que, según Plinio (XXXIII 97), rentaba 3.000 libras diarias a Aníbal. Debía hallarse en las proximidades de Castillo (Jaén), donde se encontraba el Monte de la Plata, cerca del nacimiento del Guadalquivir (Str., III 2,11) (<sup>15</sup>). Plinio (XXXIII 96), que conocía bien las cosas de Hispania por haber sido procurador de la provincia Tarraconense en época flavia (<sup>16</sup>), escribe que «los pozos abiertos en Hispania por Aníbal se hallan aún en explotación y conservan los nombres de los que descubrieron tales yacimientos». Se conoce el nombre de uno de estos descubridores, Aletes, que descubrió las minas de plata de las proximidades de Cartago Nova, por lo que recibió honores divinos, en esta ciudad según Polibio (X 10,9). Por ello no creemos cierta la opinión de Kock (<sup>17</sup>), de que Aletes no era un ibero histórico, como viene a indicar su nombre típicamente ibero, radical más sufijo. Las minas de las cercanías de Cartago Nova rentaban a los romanos 25.000 dracmas diarios de plata (Str., III 2,10), cuando las visitó el historiador Polibio, con ocasión de venir aquí con Escipión Emiliano a la guerra de Numancia en 133 a.C. Por estos años trabajan en ellas 40.000 obreros, o sea, esclavos hispanos. El rendimiento de estas minas no debía ser menor en época de los Bárquidas. Las minas hispanas, a imitación de las minas egipcias –que eran monopolio de los Ptolomeos–, debieron serlo de los Bárquidas, al igual que las minas de sal de las cercanías de Cartago Nova, que explotaban como subproducto las pesquerías con un sistema de explotación típico de los Ptolomeos, como ha demostrado acertadamente R. Etienne (<sup>18</sup>). Después pasaron a la famosa compañía de publicanos, que se encargó de esta explotación doble: sal y salazón, que producía el famoso *garum sociorum*, un manjar exquisito en tiempos de Plinio (XXXI 94): «dos congrios no se pagan con menos de mil monedas de plata. A excepción de los ungüentos, no hay licor alguno que se pague tan caro, dando su fama a los lugares de donde llega».

Hispania tenía otra ventaja importante para los Bárquidas, además de los fabulosos ingresos de las explotaciones de las minas: la posibilidad de reclutar un número alto de soldados a sueldo (Fig. 9), lo que Cartago conocía bien, pues habían participado activamente

---

(14) A. D'Ors, *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid 1953, p. 73. Este autor repetidas veces señala los puntos de contacto entre las leyes de Vipasca y la legislación minera de los Ptolomeos.

(15) R. Contreras, El verdadero sentido de los textos relativos al Monte de la Plata: *Oretania*, 8 (1966), pp. 195 ss.

(16) R. Syme, Pliny, the Procurator. *Harvard Studies in Classical Philology*: 73 (1968), pp. 215 ss.

(17) Aletes, Mercurius und das phönikisch-punische Pantheon in Neu-Karthago: *MM*, 23 (1982), pp. 101 ss.

(18) R. Etienne, À propos du «garum sociorum»: *Latomus*, 29(1970), pp. 302 ss.; J. R. García del Toro, *Garum Sociorum: la industria de salazones de pescado en la Edad Antigua en Cartagena: Anales de la Universidad de Murcia*, 36 (1977-78).



en las guerras greco-púnicas de Sicilia. Los Bárquidas reunieron importantes ejércitos de íberos (Figs. 10-12) en Hispania para la conquista del país y para la invasión de Italia. Baste recordar unos pocos datos. Ya desde el primer momento de la conquista figuran tropas íberas en el ejército cartaginés, como los 3.000 soldados enemigos, que apresó Amílcar y alisto a sus órdenes (Diod., XXV 10). En el cerco de Sagunto, Aníbal empleó grandes contingentes de



Fig. 9 - Guerrero ibérico hallado en el poblado de La Bastida de les Alcuses, del tipo de los mercenarios ibéricos que participaron en las guerras greco-púnicas de Sicilia, Museo de Prehistoria Valencia.



Fig. 10 - Guerrero ibérico, semejante a los mercenarios hispánicos que intervinieron en la Segunda Guerra Púnica, Relieve de Osuna (Sevilla) Museo Arqueológico Nacional. Comienzo del siglo III.

tropas ibéricas, al igual que Escipión Emiliano en el cerco de Numancia (App., *Iber.* 92), donde dos tercios de los 60.000 hombres del ejército romano eran de procedencia íbera. Polibio escribe (III 33,5) que después de la toma de Sagunto: «en primer lugar licenció a todos los íberos para que se fuesen a sus casas, con el fin de tenerlos preparados y animosos para más adelante» (Fig. 13).

En el año 218 a.C., después de pasar los Alpes y llegar al valle del Po, se dirigió a lusitanos y celtíberos, como a la columna vertebral de su ejército (Liv., XXI 43,8). Caballería hispana se menciona después en la batalla de Tesino, 218 a.C. (Liv., XXI 47,4). A las tropas celtíberas y lusitanas se las cita en el invierno del año 218-217 (Liv., XXI 57,5). En el año 217, en la marcha de Aníbal a través de los pantanos del Arno, Polibio (III 79, 1) y Livio (XXII 2, 3) mencionan a los íberos, junto con los libios, como las mejores tropas del general cartaginés, en oposición a los celtas. Este mismo año en la guerra del sur de Italia, se

recuerda, la actuación de una cohorte de hispanos y su típica forma de combatir (Liv., XXII 18, 2) etc. Todavía en el año 203 a.C. los cartagineses buscaban mercenarios hispanos en la Península Ibérica, a pesar de que la habían perdido ya (Liv., XXXIII 21, 3). Este mismo año en la batalla final de la Segunda Guerra Púnica, en la batalla de los Grandes Campos del Medscherda, en África, Cartago colocó a los celtíberos, en número de 4.000, enfrente precisamente de las legiones romanas, pero fueron cercados por los romanos y aniquilados (Pol., XV 7, 5 y 17; 8, 1).



Fig. 11 - Relieve de Osuna con guerrero y escudo de La Tène II y casco empenachado probablemente de cuero, comienzo del s. III, Museo Arqueológico Nacional.



Fig. 12 - Jinete de Osuna, comienzo del s. III, Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Los Bárquidas reclutaron las tropas mercenarias fundamentalmente de Lusitania y de Celtiberia, regiones con graves problemas económicos y sociales, por concentración de la riqueza ganadera y agrícola en pocas manos <sup>(19)</sup>, lo que obligaba a estos pueblos al bandillaje (Diod., V 34, 6) o a enrolarse en los ejércitos de los cartagineses y de los romanos como tropas mercenarias. En el año 208, Asdrúbal, hijo de Giscón, pensaba refugiarse en Lusitania (Liv., XXVII 20). Este mismo año, Asdrúbal, hijo de Amílcar, reclutaba soldados en Celtiberia, mientras Magón lo hacía en las proximidades de Cartago Nova (App., *Iber.* XXIV).

En el año 207 a.C. Hannón en breve tiempo puso en pie de guerra en Celtiberia un gran número de hombres (Liv., XXVIII 1). En el año 212 a.C. los romanos contrataron a los celtíberos por el mismo precio en que se habían ajustado con los cartagineses (Liv., XXIV 49, 7). Como puntualiza Livio en este párrafo: *mercenarium militem in castris neminem ante quantum celtiberos romani habuerunt*. Su traición, comprada por los cartagineses, motivó el desastre de los Escipiones (Liv., XXV 33).

(19) J.M. Blázquez, *La Romanización*, I, pp. 191 ss.

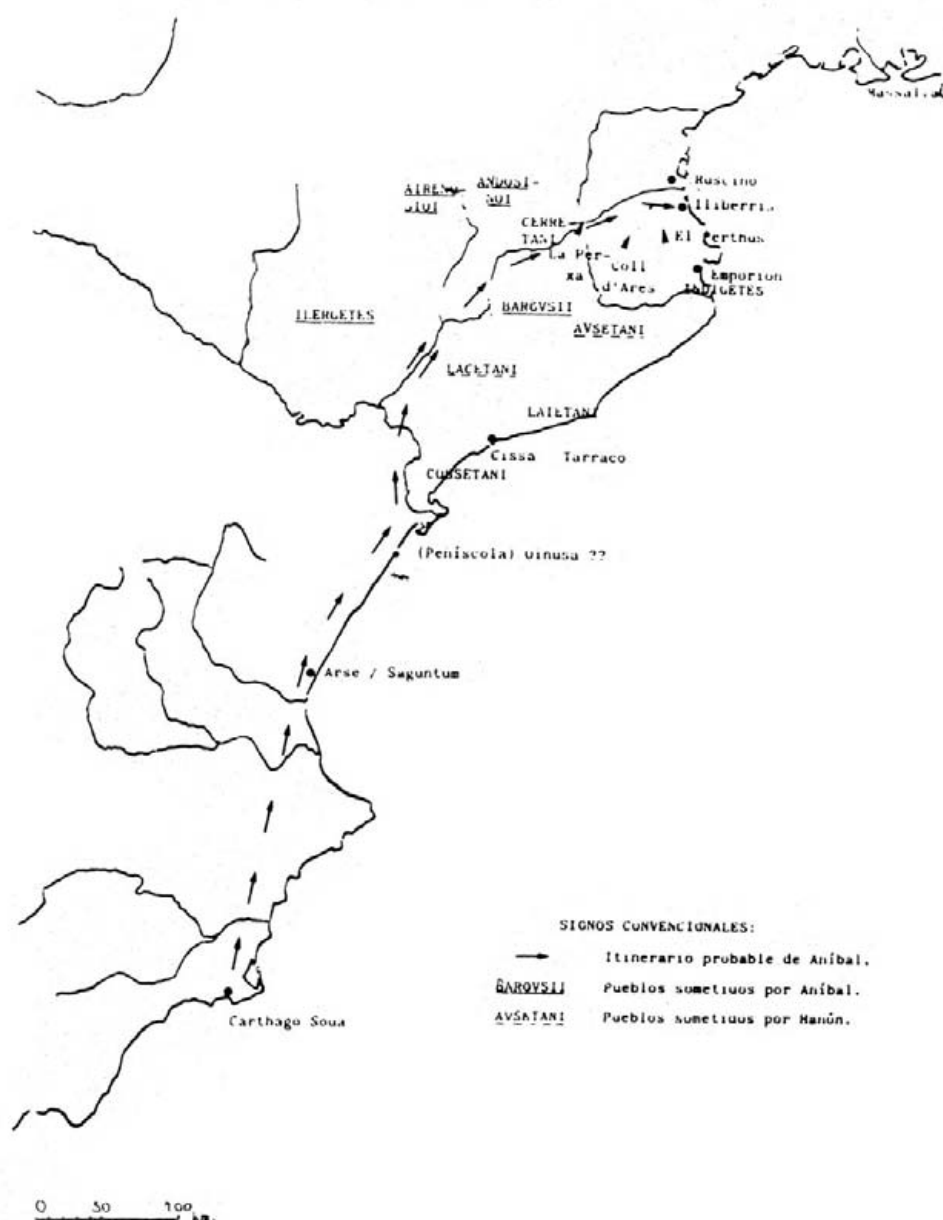


Fig. 13 — Posible ruta seguida por Aníbal hacia los Alpes, según F. Beltrán.

A la llegada de Escipión el Africano, en 210, después de la muerte de su padre y de su tío, dos de los tres ejércitos que tenían los cartagineses acuartelados en la Península Ibérica, se encontraban en Lusitania; uno a las órdenes de Magón, en territorio de los conios en el Algarve; el segundo, bajo el mando de Giscón en la desembocadura del Tajo, y el tercero, capitaneado por Asdrúbal, en territorio carpetano (Pol., X 7, 4).

Los celtíberos eran los mercenarios de los turdetanos (Liv., XXIV 19) y contra ellos, mandados por Istolacio e Indortas, luchó Amílcar (Diod., XXV 10). Debían ser mercenarios desde siglos antes, pues algunas esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén), datadas a mediados del s. V a.C., representan a guerreros con todas las armas de la meseta<sup>(20)</sup>.

(20) A. Blanco, *Historia del Arte Hispano*, I. *La Antigüedad*, 2, Madrid 1978, pp. 43 ss.; J. M. Blázquez – J. González Navarrete, *The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain: AJA*, 89 (1984), pp. 61 ss.



Fig. 14 - Retratos de Amílcar /arriba) y Asdrúbal.

Una *parva ilergetum manus ex Hispania* menciona Livio (XXI 22, 3) en África. Traslado Aníbal tropas hispanas a África y africanas a Hispania, como procedimiento de asegurar su fidelidad. Los que pasaron a África fueron los tartesios, los mastienos, los oretanos, los iberos y los olcades en número de 200 jinetes, 13.850 infantes y 870 baleares famosos por el manejo de la honda. Se mencionan también entre las tropas de Aníbal en Italia; así en la batalla de Trebia, el año, 218 a.C. (Liv., XXI, LV 2, 5-6). La mayor parte de las tropas las acuarteló en Metagonia, y algunas en la propia Cartago.

Estos datos están entresacados de una fuente totalmente fidedigna, como es la placa de bronce redactada por Aníbal y colocada en Lacinio, en la que indicó el general 450 jinetes libio-fenicios y africanos, 350 ilergetas, 1.800 númidas y marsilios, maselios, maecios y maurosos de la costa del Océano, 11.850 infantes de África, 300 ligures y 500 baleares (Pol, III, XXXIII 7). A esta política de intercambio de tropas entre Hispania y África alude el historiador Livio (XXI 5-12 y XXII 4).

### *La monarquía bárquida*

Dos Bárquidas, Asdrúbal y Aníbal, estaban casados con mujeres hispanas. La de Asdrúbal era la hija de un reyezuelo. Diodoro (XXV 12) afirma: «Contrajo matrimonio con la hija de un rey íbero, y fue proclamado general con plenos poderes». Aníbal se casó con una joven de Cástulo de nombre Imilce (Liv., XXIV 41). Estos matrimonios los convertían no sólo en generales, sino en auténticos reyes de los iberos.



Fig. 15 - Retratos de Aníbal.

Diodoro (XXV 8), Apiano (Mam. 2) y Zonaras (VIII 7) afirman que los Bárquidas vinieron a la Península Ibérica contra la voluntad de Cartago; pero ello no es exacto ya que otros autores afirman claramente que Cartago envió el ejército a Hispania. Así Polibio (II 1, 5), historiador que está muy bien informado siempre, escribe: «Los cartagineses, una vez aquietada la situación en África, reunieron un ejército y lo enviaron a Iberia bajo el mando de Amílcar» y Apiano (*Iber.* 6): «los cartagineses atraídos ya por el botín que Iberia proporcionaba, envían allí otro ejército; a cuyo frente ponen a Asdrúbal, yerno de Amílcar Barca, entonces en Iberia». Es importante señalar que Aníbal, al revés de lo que había sucedido con los primeros Bárquidas, «proclamado general por sus soldados, obtuvo que su mando fuera confirmado por los magistrados de Cartago» (Zon., VIII 21).

Estos textos son importantes por indicar claramente que la llegada del ejército cartaginés a la Península Ibérica es decisión de Cartago, y que hasta Aníbal, proclamado general por el ejército –Apiano (*Iber.* 6) indica que «era muy grato a los soldados»–, procuró la aprobación de este nombramiento por las autoridades de Cartago. Aníbal (Pol., III 15, 7) envió mensajeros a Cartago para preguntar qué debía hacer con los saguntinos, quienes fiados de la alianza con Roma, maltrataban a algunos pueblos de su dominio. Cartago respondió que hiciera lo que le pareciera bien (App., *Iber.* 10). Esta política de contar con el parecer de Cartago explica que Amílcar (Corn. Nep., *Ham.* 4) enviara a Cartago donativos: «enriqueció todo África con caballos, armas hombres y dinero». Después de la toma de Sagunto se enviaron a Cartago muchos vasos y trajes preciosos (Liv., XXI 16, 2).

Probablemente los Bárquidas llegados a la Península Ibérica, como generales de Cartago, y los dos últimos habiendo sido proclamados generales con plenos poderes, Asdrúbal por los

iberos y Aníbal por el ejército, gobernaron con absoluta independencia de Cartago. La creación por el segundo Bárquida de Cartago Nova, precisamente con este nombre, indica bien claramente cuáles eran sus intenciones: crear una nueva Cartago, con absoluta independencia de la metrópoli. Esta ciudad de hecho se desentendió en la práctica de la expedición a Italia, aunque en el año 206 a.C. los cartagineses enviaron dinero a Magón para que reclutara auxiliares y se dirigiera hacia allí (Zon., IX 10, 8). Precisamente Polibio (X 10, 9), con ocasión de describir la topografía de Cartago Nova, cita un «magnífico palacio, obra, dicen, de Asdrúbal, cuando pretendía la monarquía». Lo mismo indica el mismo historiador griego, en otro párrafo de su historia (III 8, 1): «después de adquirir una gran potencia en Iberia, vuelto al África, emprendió la subversión de las leyes de la patria; pero los príncipes de la ciudad, adivinando sus proyectos, se pusieron de acuerdo y se opusieron. Asdrúbal, receloso, se retiró de África y en el futuro, gobernó a su antojo las cosas de Iberia, sin respeto al gobierno cartaginés». Apiano (Iber. 5), por su parte, afirma que «todo lo que tomaba en la guerra, lo dividía de modo que una parte lo entregaba a los soldados, para tenerlos propicios para sus planes, y otra parte para darlo a los principales de Cartago favorables a su causa».

El convertirse en rey es muy probable que entrase en los planes de Asdrúbal, por estar casado con la hija de un reyezuelo ibérico y ser la monarquía la fórmula política de gobierno de los turdetanos y de los iberos <sup>(21)</sup>.

Durante la Segunda Guerra Púnica se mencionan varios reyes, gobernando en Hispania, como un rey de los turdetanos, de nombre Alenes (Liv., XXVIII 12, 15), quien en el año 206 a.C., se pasó a los romanos; Culcas (Liv., XXIX 13, 3), que era dueño de más de 28 ciudades, quien ese mismo año proporcionó a Escipión 3.500 soldados (en el año 197 sólo gobernaba ya 17 ciudades, ignorándose las causas de la disminución del número) y Lixinio, que se levantaron en armas contra Roma (Liv., XXX 21, 6) en 197. Escipión, el Africano, fue el primer general, que fue proclamado rey, precisamente, por los iberos (Pol., X 38, 3), que le adoraron, es decir, que hicieron el acto ritual de sumisión.

Los Bárquidas contaban con precedentes para convertirse en monarcas dentro de la propia Cartago. Los Magónidas, Hannón I el Grande, y Bomílcar III recibieron el título de reyes. Las monarquías helenísticas estaban gobernadas por reyes. El primer general que invadió el territorio cartaginés en África, Agatocles (310-306 a.C.) tomó el título de rey poco después.

Los Bárquidas se divinizaron o quizás se heroizaron (Figs. 14-15) después de muertos, como lo indica las monedas <sup>(22)</sup>, a imitación de los monarcas helenísticos, siguiendo el ejemplo de Alejandro Magno, que fue el gran modelo de los Bárquidas y más concretamente de Aníbal. En una tetradracma acuñada por Alejandro, en 325, se le representa con la piel del león de Nemea sobre la cabeza, al igual en una moneda de Faselis. Los Bárquidas estaban profundamente helenizados sin dejar de ser por ello cartagineses. Se identificaron muy probablemente con Melkart y se retrataron con sus atributos, exactamente como Alejandro Magno, que era un descendiente del hijo de Zeus. Aníbal estaba muy vinculado a este dios, como lo demuestra el que después de pasar revista a los auxiliares de los pueblos marchó a Gades, para cumplir los votos que hiciera, y ligándose al dios con nuevas promesas siempre que fuera próspero el futuro (Liv., XXI 5-12).

Esta divinización de los Bárquidas encaja perfectamente en la mentalidad íbera. Probablemente estaría programada con fines políticos: el convertirse en auténticos monarcas nacionales.

(21) J. Caro Baroja, *La realeza y los reyes en la España Antigua: Estudios sobre la España antigua*, Madrid 1971, pp. 51 ss.

(22) J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre las religiones mediterráneas e íberas*, Madrid 1977, pp. 32 ss.

Las monedas, de gran calidad artística eran el mejor método de propaganda. Ya se ha aludido a la heroización de Aletes. El guerrero representado con sus armas en Pozo Moro (Albacete), debió ser heroizado <sup>(23)</sup>, al igual que el jinete de una tumba de Cástulo, representado en una pizarra. <sup>(24)</sup>. Heroizado estaría el difunto enterrado en Osuna (Sevilla), de cuyo mausoleo se conservan los relieves con escenas de los combates funerarios, fechado a comienzos del s. III a.C. <sup>(25)</sup>. Los treinta monumentos funerarios de gran envergadura y las tumbas principescas, como las de Cigarralejo (Murcia) y de Cástulo (Jaén), seguramente, estaban levantadas a difuntos heroizados o divinizados <sup>(26)</sup>.

En época posterior, durante la Guerra Sertoriana, el general romano Q. Cecilio Metelo recibió de los indígenas honores divinos en el invierno del 74-73 a.C. (Sall., *Hist.*, II 70; Prut., *Sert.* 22; Val. Max., IX 1, 5). Sin la contribución de las minas, sin los mercenarios hispanos y sin el espíritu de caudillaje propio de la clientela íbera no se hubiera dado la Segunda Guerra Púnica.

### *Política bárquida en Hispania*

La política seguida por los Bárquidas tendió a atraerse a los indígenas a base de amabilidad y de hacerles beneficios, a los que eran especialmente sensibles los indígenas, adelantándose a la política seguida años después por Escipión el Africano, de Tiberio Sempronio Graco, de Sertorio y de César <sup>(27)</sup>. Así Polibio (II 1, 5) escribe de Amílcar «sometiendo a Cartago muchos pueblos ibéricos, unos por la fuerza y otros por negociaciones». Diodoro (XXV 11) afirma de Asdrúbal que «viendo que la mansedumbre era más práctica que la violencia, prefirió la paz a la guerra», lo que hizo que recibiera la sumisión de 12 ciudades (Diod., XXV 12), Polibio (II 13, 1), por su parte, escribe: «administraba el mando con cordura e inteligencia» y más adelante (II 36, 1): «una gran prosperidad había proporcionado a los intereses cartagineses, no tanto por sus guerras, como por sus amistades con los reyezuelos». Livio (XXI 2, 3) indica que «usó más de la diplomacia que de la fuerza y aumentó el poderío de Cartago más con los lazos de hospitalidad, que estableció con los reyezuelos y con los pueblos nuevos y que ganó a su alianza por medio de la amistad de los príncipes, que por fuerza y por las armas»; y Apiano (*Iber.* 6) resalta que «Asdrúbal sometió a los cartagineses muchos pueblos de Iberia, ganándoles por la persuasión y por el encanto de su elocuencia que sobresalía entre todo».

El gran Aníbal (Pol., III 13, 5) «era generoso con los que le seguían, dando a los soldados sus raciones y prometiéndoles otras ventajas, lo que le ganó un gran aprecio e hizo nacer en sus

(23) M. Almagro, Pozo Moro. Un Monumento funerario ibérico orientalizante: *MM*, 24 (1983), pp. 196 ss., 288, lám. 23 b; A. García i Bellido, *Arte ibérico en España*, Madrid 1979, pp. 58 ss., figs. 64-72. Se representan los rituales funerarios del sepelio del difunto. J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, p. 26; ídem, Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones: *AEA*, 52 (1979).

(24) J. M. Blázquez – J. Remesal, *Cástulo II*, Madrid 1979, pp. 379 ss.; A. Blanco, Un Jinete Ibérico de Cástulo: *Lucentum*, 2 (1983), pp. 199 ss.

(25) P. León, Plástica ibérica e ibero-romana. *La Baja época de la cultura ibérica*, pp. 183 ss.; M. Almagro-Gorbea, Pozo Moro y el influjo fenicio en el período orientalizante de la Península Ibérica: *RSF*, 10 (1982), pp. 231 ss.; *Idem*, Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro (Albacete): *TP*, 35 (1978), pp. 252 ss. El autor cree que representa a la divinidad y al personaje enterrado divinizado.

(26) M. Almagro, Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizante: *MM*, 24 (1983), pp. 275 ss.

(27) J. M. Blázquez, Causas de la romanización de Hispania: *Hispania*, 24 (1969), pp. 85 ss.; *Idem*, *La romanización*, II, Madrid 1975, pp. 181 ss.

tropas magníficas esperanzas»... En Cartago Nova... se aseguró la adhesión de los ciudadanos y de los aliados repartiendo con liberalidad el botín y pagando fielmente el estipendio (Liv., XXI 5, 2). Aníbal después de la caída de Sagunto «envió a sus casas a invernar a los soldados», a todos fue grato este permiso espontáneo de visitar sus familias, «pues sentían ya la añoranza de los suyos» (Liv., XXI 21). A veces a los soldados cautivos se les dejaba en libertad (Diod., XXV 10), como hizo Amílcar, al comienzo de la conquista.

Contaron los Bárquidas con ciudades y pueblos muy adictos a su causa, como Astapa (Sevilla), *carthaginensium semper partis* (Liv., XXVIII 22), *sine praeda militum ignique absumpta* (Liv., XXVIII 23, 3). Su fidelidad a los cartagineses emuló la de Calahorra a Sertorio, al decir de Valerio Máximo (VII 6. ext. 6). Los astapenses eligieron un lugar en la playa «donde amontonaron todo lo que en sus casas tuvieran de más valor. Sobre este montón ordenaron sentarse a sus esposas y a sus hijos, levantaron a su alrededor piras de leña, arrojando en ella haces de ramas secas», todo igual que en Sagunto (Diod., XXV 15; Val. Max., VI 6 ext. 1; Flor., I 23, 3) y en Numancia (Oros., V 7, 18). En esta última ciudad, como en Calagurris, se llegó a comer carne humana (Petr., *Sat.* 141; Val. Max., VI 6, ext. 2), como también en Sagunto (Petr., *Sat.* 141). Cástulo fue *Urbs Hispaniae valida ac nobilis et adeo coniuncta societate poenis* (Liv., XXIV 41, 7).

Al comienzo de la campaña contra los saguntinos los Olcades figuran como amigos de Cartago (Liv., XXI 5, 2). En la propia Sagunto contó Cartago con partidarios entre la gente importante, quienes en una sedición fueron ejecutados (Pol., III 15, 7), pocos años antes del cerco de la ciudad por Aníbal.

Contaron los Bárquidas con pueblos muy adictos a su partido, como los ilergetas, cuyo reyezuelo, de nombre Andóbales, «se distinguía por su adhesión a los cartagineses» (Pol., III 76, 5). Refiriendo sucesos del año 209 a.C., Polibio (XXXV 6) afirma que «Indíbil y Mandonio, los dos más poderosos gobernantes de Iberia por aquella época eran tenidos por los más fieles amigos de Cartago...» y más adelante (X 37, 7): «Indíbil... en la conversación que sostuvo con Escipión le contó la amistad que había mantenido con los cartagineses, le manifestó los servicios y fidelidad que siempre les había prestado». Esta conversación se celebró en el invierno del año 209 a.C. en Tarraco. Es muy probable que Indíbil y Mandonio estuvieran unidos con los generales bárquidas por los lazos de la fides ibérica, al igual que los pueblos hispanos lo estuvieron con otros generales romanos <sup>(28)</sup>. Los lusitanos, carpetanos y celtíberos debieron ser favorables a la causa de los Bárquidas en líneas generales, al igual que los otros pueblos ya citados, de donde obtuvo Aníbal los mercenarios.

Sin embargo, otras veces los cartagineses se portaron pérfidamente con los mismos aliados. Polibio (X 38, 1) pone en boca de Escipión esta respuesta a los reyezuelos de los ilergetes: «que conocía el genio orgulloso de los cartagineses, tanto por el desprecio que habían hecho de los otros hispanos, como por la insolencia de que habían usado con sus mujeres e hijas, habiéndolas tomado no en calidad de rehenes, sino de prisioneras y esclavas». Precisamente este hecho y el haberles pedido una gran suma de dinero (Pol., X 35) fue la causa de la defección de los ilergetas y de su paso a Escipión. Con los vencidos de rango elevado, los Bárquidas fueron crueles. Así a Indortas, general de los celtíberos, que auxiliaba a los turdetanos contra Amílcar, le capturó vivo, le atormentó, le sacó los ojos y lo crucificó (Diod., XXV 10), siendo este doble suplicio introducido por los cartagineses en Hispania, del que hay constancia arqueológica en Cádiz. Magón en el año 206 (Liv., XXVIII 37, 10) se atrajo a los magistrados de Cádiz, a quienes el historiador latino llama

(28) J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, pp. 398 ss.



sufetas, y el cuestor les hizo crucificar. La crucifixión fue un suplicio muy usado por los cartagineses. Así crucificaron a Bomílcar I en 207 a.C. y al almirante que perdió Mesina. A Amílcar de Poropos le crucificaron los mercenarios. Los mercenarios crucificaron también a Aníbal de Agrigento, vencido por los cartagineses en el combate naval de Mylae por Duilius.

En 269 Hannón fue crucificado por haber entregado la plaza a los romanos, que le hicieron prisionero por sorpresa. Condenados al suplicio fueron también Asdrúbal en 250 por no haberse apoderado de Palermo; y a 241 Hannón por ser vencido en las Islas Egates. Aníbal de Agrigento fue crucificado por sus tropas en Sulci. La crucifixión es un suplicio oriental que trajeron los fenicios; se menciona en el Antiguo Testamento, cuando «Josué colgó de un árbol al rey de Hai y le dejó allí hasta la tarde; a la puesta del sol, ordenó coger el cadáver y arrojarlo a la puerta de la ciudad, echando sobre él un gran montón de piedras» (*Jos.*, 8, 29). Los gabionitas pidieron a David «siete de los hijos de Saúl para que nosotros los colguemos ante Yavé en Gabaón, en el monte ante Yavé...» (*II Sam.* 21, 6). La crucifixión está representada en relieves asirios, como en el ataque a Lachish, representado en un relieve del rey Sennacherib (704-681) hallado en Nínive (<sup>29</sup>)

### *La conquista bárquida de la Península Ibérica*

De Amílcar escribe Polibio (II 1, 5) que en «nueve años sometió a Cartago muchos pueblos ibéricos, unos por la fuerza y otros por negociaciones»; lo mismo sostiene Diodoro (XV 10), y Cornelio Nepote (*Amílcar* 4) que afirmó: *maximas bellicosissimas que gentes subiegit*. Probablemente extendió el control cartaginés sólo a lo largo del Valle del Betis. Su sucesor, Asdrúbal, llegó al Levante ibérico: «Recibió la sumisión de sus ciudades, en número de doce y finalmente sometió todas las de Iberia», según Diodoro (XXV 12). Por el tratado con Roma del año 226 todo el Levante ibérico caía dentro del control cartaginés (Pol., III 15, 5; XXVII 9; XXIX 3; XXX 3), hasta el río Ebro. Probablemente lo que se prohibía era pasar el Ebro con armas, pues el comercio púnico había ya invadido, el ángulo NE hispano, el sur de Galia y toda la costa ibérica. Este tratado significaba un gran triunfo de la diplomacia bárquida y un avance notable con respecto al tratado del año 348 a.C. (Pol., III 34) (<sup>30</sup>), por el que el límite de influencia llegaba sólo al N. de la futura Carthago Nova; pero por este último tratado, toda la explotación de las minas del sur era controlada por Cartago. Estas cláusulas se vuelven a confirmar por los tratados con Roma del 306 y del 279 a.C. (Pol., III 25) (<sup>31</sup>). Diodoro (XXV 12) conserva la cifra del ejército de Asdrúbal, que ascendía a 60.000 infantes, 8.000 jinetes y 200 elefantes, actuando estos animales, equivalentes en el Mundo Antiguo a los

(29) J. B. Pritchard, *The Ancient Near East, I. An Anthology of Texts and Pictures*, Princeton 1973, fig. 101. Estos ingenios de guerra, torres, arietes y minas, eran de origen asirio. En relieves asirios del s. V de Assur-Nasir-Pal II (883-859) se representan minas en ataques al norte de Siria, arietes y torres (R. D. Barnett – A. Lorenzini, *Assyrische Skulpturen im British Museum*, Toronto 1975, pp. 27-30); arietes y crucifixiones en relieves de Tiglatpileser III, (745-727) (R. D. Barnett – A. Lorenzini, *op. cit.*, p. 78). El sacar los ojos a los prisioneros se documenta en el Antiguo Testamento (*Ju.* 16, 21), Sansón y Sedecías (587 a.C.) 2 Re. 25, 7.

(30) J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua*. I, p. 405; E. Acquaro, *op. cit.*, pp. 54 ss.; F. W. Walbank, *op. cit.*, I, p. 347.

(31) J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua*. I, p. 407; E. Acquaro, *op. cit.*, pp. 56 ss.; E. W. Walbank, *op. cit.*, I, pp. 349 ss.

tanques <sup>(32)</sup>, por vez primera en la Península Ibérica. La utilización de los elefantes por los cartagineses indica bien, como el ejército púnico había introducido armas nuevas típicamente helenísticas, que habían desempeñado un papel importante en las luchas de los monarcas. La fuerza del ejército seléucida se apoyaba en los elefantes. La campaña más importante de Aníbal fue la penetración en la Meseta Castellana hasta la altura de Salmantica (Salamanca) <sup>(33)</sup> (Pol., III 13, 5; Polien., VII 48; Plut., *Virt. Mul.* 248 c.; Liv., XXI 5, 2). En esta expedición utilizaron también 40 de estos animales. Probablemente Aníbal para esta fecha tenía planteada la invasión de Italia y necesitaba dejar bien pacificados los pueblos belicosos del interior y destruida la aliada de Roma, Sagunto. Cornelio Nepote (*Amilc.* 4) y Orosio (IV 5, 4) afirman que este plan remontaba ya al programa de su padre. No se conocen huellas de destrucción en los poblados de la Meseta, que se puedan fechar en los años de Aníbal. El plan de la conquista o mejor de la penetración en el interior de Hispania tiene precedentes en la política cartaginense y griega seguida en Sicilia, que motivó las guerras greco-púnicas, de controlar toda la isla. Idéntico plan tuvieron los púnicos en Sicilia desde la derrota de Himera, 480 a.C. Los griegos con Dionisio, tirano de Siracusa, intentaron conquistar las ciudades púnicas-sicilianas, Pirro pretendió arrojar a los cartagineses de Sicilia (278-176 a.C.). Si los Bárquidas pensaron pronto invadir Italia, era necesario tener la Península Ibérica bien pacificada. Era la base de sustentar la guerra.

El cerco de Sagunto es importante porque por vez primera se utilizan en Hispania máquinas de asalto (Liv., XXI 7-8, 12; Zon., VIII 21). Concretamente se mencionan *turres, agger* y *vineae*. Estas máquinas de asedio habían sido ya utilizadas por los cartagineses en las guerras greco-púnicas de Sicilia, como el año 409 en el asalto de Selinunte; en Himera (409-408) se emplearon torres y minas <sup>(34)</sup>. Aníbal, que tan buena experiencia tenía del asalto a una ciudad, no se atrevió a atacar a Roma, seguramente por no contar con número suficiente de soldados. Los del ejército cartaginés en Sagunto los calculó Livio (XXI 8, 4) en 150.000 hombres. El ejército de Aníbal, que marchaba sobre Italia, sumaba, según Polibio (III 35, 1), 90.000 infantes y 12.000 jinetes.

La necrópolis del Cabecico del Tesoro (Murcia) se destruyó según su excavador alrededor del 238, a comienzo de la conquista bárquida <sup>(35)</sup>.

La razón de la destrucción de Sagunto fue económica: escapaba al control económico de Cartago, pues (Liv., 217): *civitas ea longe opulentissima... Ceterum in tantas brevi creverant opes seu maritimis seu terrestribus fructibus, seu multitudinis incremento, seu discipline sanctitatem*, lo que fue su ruina.

En estos años se mencionan las torres de Aníbal (Plin., II 181), que vuelven a ser citadas durante la guerra civil entre Cesar y Pompeyo en las montañas de Córdoba (BH 8) y en la costa oriental ibera (Liv., XXII 19). Aparecen por primera vez con los sucesos del año 217. Livio (XXIX 23, 1) escribe: *carthaginenses quoque cum speculis per omnia promunturia positis per cunctantes paventesque ad singulos nuntios sollicitam hienem egissent*.

---

(32) H. H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World*, London; W. Walbank, *op. cit.*, I, pp. 347, 349 ss.

(33) R. Bejarano, Fuentes antiguas para la Historia de Salamanca: *Zephyrus*, 6 (1955), pp. 89 ss.; H. M. Hine, Hannibal's Battle on the Tagus (Polybius 3.14 and Livy 21.5): *Latomus*, 38 (1979), pp. 89 ss.; G. Picard, Le problème du portrait d'Hannibal: *Karthago*, 12 (1965), pp. 31 ss.; G. Hafner, Des Bildnis Hannibals: *MM*, 14(1973), pp. 143 ss.

(34) A. García y Bellido, *Historia de España. España Protohistórica*, pp. 654 ss.

(35) G. Nieto Gallo, La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia): *BSAAV*, 10 (1949), p. 173.

Muchas, aunque de origen cartaginés, eran anteriores <sup>(36)</sup> y defendían los distritos mineros de Sierra Morena seguramente de los asaltos de los celtíberos.

Las campañas hispanas efectuadas por Aníbal le curtieron y le hicieron uno de los mejores generales del Mundo Antiguo. Hispania fue la maestra de Aníbal.

Asdrúbal fundó dos ciudades, Cartago Nova y una segunda (Diod., XXV 12), lo que le igualaba a los monarcas helenísticos Filipo, Alejandro Magno, los Seléucidas, los Anti-gónidas y los Ptolomeos, que fueron constructores de ciudades. Es muy probable, como indica A. García y Bellido <sup>(37)</sup>, «a la nueva fundación contribuyese, además de las magníficas condiciones del lugar, el agudo sentido diplomático de Asdrúbal, que deseoso de alejar toda sospecha de los romanos y ante la embajada que ya por estos motivos había recibido su antecesor, Amílcar, acordase, con buen criterio trasladar la base de sus ejércitos y la capital de los nuevos territorios dentro del límite impuesto por los tratados». De la primera ciudad escribe Polibio (II 13, 1) «que no contribuyó poco a la prosperidad de los asuntos de los cartagineses, principalmente por su situación favorable tanto para los intereses de Iberia, como para los de África». Estaba situada, según se indicó, junto a las mejores minas de plata del Mundo Antiguo y de sal tan necesaria para los salazones de las proximidades de la costa. Además tenía campos de esparto <sup>(38)</sup>, necesario para las velas y las cuerdas de los barcos (Str., III 4, 9) «Fundación de Asdrúbal, sucesor de Barca, padre de Aníbal», como escribe Strabón (III 4, 6), es la más importante de todas las ciudades de esta zona. Tiene una situación fuerte, unas murallas bien construidas y está enriquecida por puertos, una laguna y unas minas de plata, de las que ya hemos hablado. En ella y en sus cercanías abundan los talleres de salazón; es el principal mercado para las mercancías que, llegando del interior, han de ser cambiadas por las que vienen de fuera, y éstas, por las que proceden de tierra adentro». Polibio (X 10, 1-5) ha dejado en su Historia una buena descripción de la ciudad cartagenera. Debía ser una ciudad de trazado helenístico, o sea, hipodámico, pero el carácter profundo cartaginés estaba bien representado por las colinas consagradas a diferentes deidades del panteón púnico: a Eschmun, a un Baal de carácter metalúrgico, y a Moloch. En el culto a Aletes está presente el elemento indígena, tan necesario en el programa político de los Bárquidas.

El perímetro de la ciudad era de 3.630 m. Ocupaba una extensión entre 35 y 40 Ha. El número de sus habitantes oscilaba entre 30.000 y 40.000. La ciudad tenía en origen una población artesanal numerosa, cuando cayó en poder de P. Escipión. Polibio menciona 2.000 obreros especializados, menestrales, artesanos y gentes del mar, procedentes de toda la Península Ibérica <sup>(39)</sup>. Nos inclinamos por el emplazamiento de Akra Leuke y Helike, ciudades mencionadas por Diodoro (XXV 10), la primera con ocasión de las campañas de Amílcar, citada también como *Castrum Album* (Liv., XXIV 41), lugar donde murió Amílcar,

---

(36) J. Fortea – J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca 1970.

(37) *Historia de España. España Protohistórica*, pp. 375 ss., 36.

(38) J. R. García del Toro, Carthago Spartaria, estudio histórico-arqueológico de industria espartera en la Edad Antigua en Cartagena: Rev. *Murgetana*, 1980; A. Beltrán, Topografía de Carthago Nova: *AEA*, 21 (1948), pp. 191 ss.; *Idem*, El plano arqueológico de Cartagena: *AEA*, 25 (1952), pp. 47 ss.; J. M. Blázquez, Städtebau und Religion in New Karthago (Hispanien): *Römische Geschichte. Altertumskunde und Epigraphik*, Wien 1985, pp. 75 ss.; A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, pp. 489 ss.

(39) J. R. García del Toro, *Cartagena. Guía Arqueológica*, Cartagena 1982; J. M. Blázquez, *Historia de España Antigua*, pp. 449 ss.

en la región de Cástulo <sup>(40)</sup>, siguiendo a G.V. Summer <sup>(41)</sup> y a J. Uroz <sup>(42)</sup>, pues no somos de la opinión de que Amílcar llegó al Levante ibérico, sino que conquistó el valle del Guadalquivir y las fabulosas minas de Sierra Morena. El lugar de la muerte de Amílcar será el Guadalquivir o el Guadalimar, afluente del anterior.

Aníbal hizo traslados no sólo de tropas, sino de colonos africanos a la costa del Mediodía: los llamados libiofenicios o blastofenicios citados a comienzos de la Guerra Lusitana, que fueron atacados por el caudillo lusitano Púnico (App., *Iber.* 56), por ser amigos de Roma. Según Apiano, «Este pueblo pasa por haber sido trasladado de Libia por el cartaginés Aníbal, y de ello tomó su nombre». El geógrafo griego Ptolomeo (II 4, 6) los llama Bastuli Poeni y Agripa sólo poeni (Plin., III 8). La Ora Marítima de Avieno (421) recuerda igualmente los libyphoenices, que no deben ser los habitantes de las colonias fenicias de Sexi, Malaca y las descubiertas ahora de Toscanos <sup>(43)</sup>, sino grandes masas de gentes del N. de África trasladadas al sur de la Península Ibérica. Es interesante la afirmación de M. Agripa que, por haber reorganizado la Península Ibérica, estaba bien informado de sus cosas, de que «toda la costa en general fue en su origen de los púnicos». Es importante también la noticia conservada por Estrabón (II 2, 13) de que «su sujeción a los fenicios fue tan completa, que hoy día la mayoría de las ciudades de Turdetania y de las regiones próximas están habitadas por ellos», lo que explicaría satisfactoriamente los cultos fenicios documentados en las monedas de las ciudades béticas en época helenística <sup>(44)</sup> y la necrópolis de Carmona, tan parecida a las del N. de África <sup>(45)</sup>.

---

(40) A. Arribas – F. Molina, La necrópolis ibérica del Molino de Caladona (Finca Torrubia): *Oretania*, 28-33 (1968-69), pp. 160 ss.; A. Blanco, El ajuar de una tumba de Cástulo: *Oretania*, 19 (1965), pp. 7 ss.; J. M. Blázquez, Cástulo en las fuentes histórico-literarias anteriores al Imperio: *Oretania*, 21 (1965), pp. 123 ss.; *Idem*, *Cástulo I: Acta Arqueológica Hispánica*, 8 (1975); *Idem*, *Cástulo II: EAE*, 105 (1979); J. M. Blázquez – J. Valiente, *Cástulo III: EAE*, 117 (1981); J. M. Blázquez – M. P. García-Gelabert, *Cástulo V: EAE*, 140 (1985); J. M. Blázquez – M. P. García-Gelabert – F. López Pardo, Evolución del patrón de asentamiento en Cástulo. Fases iniciales: *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos* 4, Teruel 1984, pp. 241 ss.; J. M. Blázquez – J. Remesal, Hallazgos en la necrópolis oretana de Cástulo (Linares, Jaén): *CAN*, 13 (1975), p. 639 ss.; J. M. Blázquez – J. Remesal – J. L. Ramírez – J. Valiente, La necrópolis oretana de Cástulo. Campaña 1976: VIII *SIPP*, 1979; J. M. Blázquez-J. Valiente, Prospección de un poblado del Bronce Final en Cástulo: *CAN*, 15 (1979), pp. 309 ss.; *Idem*, Cerámicas grafitadas del poblado de la Muela de Cástulo (Linares, Jaén): *TP*, 37 (1980), pp. 355 ss.; *Idem*, El poblado de la Muela y la fase orientalizante de Cástulo (Jaén): *PIW*, pp. 407 ss.; *Idem*, Materiales procedentes de un poblado del bronce final en Cástulo: *Zephyrus*, 32-33 (1981), pp. 195 ss.; J. M. Blázquez – M. P. García-Gelabert, Cástulo, ciudad oretano-romana: *Revista de Arqueología*, 31 (1983), pp. 16 ss.; *Idem*, Estudio de un fragmento escultórico hallado en la necrópolis de El Estacar de Robarinas, Linares, Jaén: *AEA*, 57 (1984), pp. 17 ss.; *Idem*, Pavimentos de cantos rodados en Cástulo: *Revista de Arqueología*, 51 (1985), pp. 13 ss.; J. M. Blázquez, *Arqueología de las ciudades modernas-superpuestas a las antiguas*: La ciudad de Cástulo, Zaragoza 1985, pp. 119 ss.; J. M. Blázquez – M. P. García-Gelabert, Cástulo (Jaén), Ensayo de análisis ambiental: *Estudios en homenaje al Dr. A. Beltrán Martínez*, Zaragoza 1986, pp. 657 ss.; *Idem*, La necrópolis del Estacar de Robarinas, Cástulo: tipología de los enterramientos: *Homenaje a D. Domingo Fletcher: APL*, 17(1987), pp. 177 ss.

(41) Roman Policy in Spain before the Hannibalic War: *Harvard Studies in Classical Philology*, 72 (1967), pp. 209 ss.

(42) *Op. cit.*, pp. 248 ss.

(43) H. G. Niemeyer – H. Schubart, *Toscanos*, Berlín 1969. G. Maass-Lindemann, *Toscanos 1971. Die westphönikische Niederlassung an der Mündung des Río Vélez*, Berlin 1982.

(44) J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas*, pp. 140 ss.

(45) M. Bendala, *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla 1976. Sobre los libiofenicios, véase Mh. Fantar, *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité. Des origines au V siècle*, Paris 1981, pp. 60 ss.

La sublevación del año 197 a.C. de los reyezuelos turdetanos, Cuicas y Luxinio, el primero gobernaba sobre 17 ciudades y el segundo en Carmo y Bardo, y de las colonias fenicias Malaca y Sexi y de la Baeturia, debió ser promovida por los púnicos del sur, o sea los libiofenicios, como sugiere M. Bendala (Liv., XXXIII 21,6). Carmo debía ser una ciudad muy cartaginesa, que se amuralló en época bárquida, como la indica un lienzo de muralla de esta época <sup>(46)</sup>.

### *El impacto de la etapa bárquida en Hispania*

A los Bárquidas se debe, según se indicó ya, muy probablemente, la introducción de los sistemas de explotación y administración de las minas de Sierra Morena y el descubrimiento y trabajo en las de Cartago Nova, así como en las pesquerías, aunque éstas funcionaban mucho antes, siguiendo las normas de Egipto ptolemaico. Las minas y pesquerías eran monopolio de los Bárquidas, también la puesta en regadío y el transporte en amplias áreas de la Turdetania, mediante los célebres canales tartésicos, de los que habla Estrabón (III 2, 5), son obra suya no tenían finalidad antes y sí ahora, teniendo presente que la agricultura púnica estaba muy perfeccionada. Los cartagineses introdujeron una máquina en la agricultura hispana, que ha llegado hasta nuestros días; el llamado *plostellum punicum*, que era una máquina con ruedas para cortar los cereales, citada por Varrón (*Re Rust.* I 52, 1), cuyo testimonio es de valor por haber vivido muchos años en la Península Ibérica durante las guerras sertorianas (Sall., *Hist.* II 69) y durante la guerra civil entre Cesar y Pompeyo (BC, I 38, 1; II 17, 1).

### *La moneda bárquida*

Los Bárquidas propagaron el uso de la moneda, con lo que se generalizó la economía monetar, en vez del intercambio de productos en extensas áreas de la Península Ibérica. Acuñaron gran cantidad de moneda para pagar las tropas y su prestigio.

La moneda bárquida <sup>(47)</sup> ha sido bien estudiada por L. Villaronga <sup>(48)</sup>. Es un documento de primer orden no sólo económico, sino político, religioso y artístico. Permite vislumbrar el sistema político seguido por los cartagineses y la evolución en el desarrollo y

(46) M. Bendala, *Historia general de España y América*, Madrid 1987, pp. 141 ss.

(47) G. de Frutos, La crisis del sudoeste durante la época de los Bárquidas (237-206 a.C.): La causa del paso de Gadir a la órbita romana: *Boletín del Museo de Cádiz*, 3 (1981-82), pp. 47 ss.

(48) L. Villaronga, *Las monedas hispanas-cartaginesas*, Barcelona 1973; *Idem*, *Numismática antigua de Hispania*, pp. 102 ss.; A. M. de Guadán, *Numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid 1969, 163 ss.; *Idem*, *La moneda ibérica. Catálogo de Numismática íbera e ibero-romana*, Madrid 1980, pp. 20 ss.; J. M. Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e íberas*, Madrid 1977, pp. 32 ss.; *Idem*, Consideraciones históricas en torno a los supuestos retratos bárquidas en las monedas cartaginesas, *Numisma*, 138-143 (1976), pp. 3 ss.; E. S. G. Robinson, *Essays in Roman Coinage presented to H. Mattingly*, Oxford 1956, pp. 34 ss.; G. Picard, Hannibal hegemon hellenistique: *RSA*, 13-14 (1983-84), pp. 74 ss. Estamos totalmente de acuerdo con G. Picard, con este trabajo, que dans chacune de ces occasions, le Barcide (Aníbal) dirige seul la négociation, certes avec la collaboration de son état-major, dans le quel figurent, ex officio, «un certain nombre de sénateurs de Carthage... les Barcides possédaient celui (droit) de battre monnaie», como los monarcas helenísticos y ello puede explicar que pongan sus retratos divinizados en las monedas, que los grabadores de las monedas bárquidas eran griegos, y que el reino bárcida era un estado helenístico: E. Acquaro, Su i «ritratti barcidi» delle monete puniche: *RSA*, 13-14, pp. 83 ss. Acertadamente indica E. Acquaro, que la aparición de estas monedas significa una gran novedad dentro de las acuñaciones púnicas de la metrópoli, y que esta novedad indica un programa monárquico de base íbera. A los Bárquidas no les quedaba otro remedio que proclamarse reyes en la Península Ibérica, añadimos nosotros, porque la monarquía era aquí la forma política de gobierno de los pueblos del Sur y del Levante. Además

organización del Imperio bárquida en Hispania. Los primeros tipos púnicos, ya citados, son las acuñaciones de plata de Rhode y de Ampurias fechadas entre 300 y 250, que obedecen a relaciones comerciales. Piensa L. Villaronga que pudieron servir para pagar las soldadas de los mercenarios iberos del ejército cartaginés, que luchó en Sicilia. El tipo II de esta primer clase, se diferencia por el patrón metrológico, que es el fenicio. Su finalidad era comercial. Con la llegada de los Bárquidas se inicia una acuñación de origen estilístico y tipológico sículo-heleno, que demuestra el fuerte influjo helénico en los Bárquidas, con metrología fenicia. Son las piezas de más calidad artística acuñadas en la Península Ibérica. Cree L. Villaronga que se deben a artistas sicilianos, que llegarían con el ejército cartaginés, que crearon las series de la proa, del elefante, del tipo apolíneo y del *ureus*. De las características de estas acuñaciones cabría deducir que se apartan del sistema cartaginés africano indicando la independencia de los Bárquidas a la que aluden los textos ya citados. Las monedas con proa debieron acuñarse después del desembarco posiblemente en Gades. Las acuñaciones del elefante lo serían en el sudeste, después de la conquista de esta región por los Bárquidas, pudiendo ser acuñadas o por Amílcar o por Asdrúbal después de la fundación de Cartago Nova. Las monedas con el tipo apolíneo y con *ureus* debieron ser acuñadas también en el sudeste y después de la clase anterior. Todas estas acuñaciones son anteriores a la penetración en la Meseta y a la expansión hacia el Ebro, durante los 10 primeros años. Son los años en los que los Bárquidas echaron las bases para futuras operaciones, en las que se explotaron directamente las minas, que daban un cimiento sólido a la economía bárquida en función de la guerra contra Roma.

A estas monedas, de gran calidad artística, de estilo y tipo sículo-heleno, siguen otras de más baja calidad artística. Imitan otros modelos principalmente cartagineses del Norte de África. Podían indicar un cambio de orientación política de los Bárquidas, y una unión más estrecha con la metrópoli, como indica Livio (XXI 2-3). El citado autor es de la opinión que este cambio de política no tuvo consecuencias en las variaciones de la tipología y calidad artística de las acuñaciones, sino que fueron debidas a motivos de carácter técnico. Las monedas que ofrecen un caballo saltando, acuñadas en oro, tienen marcas que diferencian las emisiones, típicas hispanas, que se emplean en otras emisiones posteriores. Las emisiones de plata con caballo saltando con estrella, en las piezas grandes, y caballo parado con estrella para el divisor son de tipología suditalica, pero con estilo propio, calificado de hispánico, distinto del sículo y del africano. Estas emisiones son contemporáneas de la penetración de los

---

se emparentaron dos Bárquidas con los iberos por matrimonios. Muy acertadamente von Premerstein, *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, Munich 1937, pp. 32, 54, 170 y A. D'Ors, Sobre los orígenes del culto al Emperador en España: *Emerita*, 10 (1942), pp. 197 ss., 354 ss., vieron en la *devotio* ibérica y en los *fides* ibérica (J. M. Blázquez, *Imagen y mito*, pp. 384 ss.; F. Rodríguez Adrados, La «fides» ibérica: *Emerita*, 14 [1946], pp. 183 ss.) un componente importantísimo de los orígenes del culto al emperador. La *devotio* y la *fides* ibérica debieron ser un ingrediente importante en las ideas monárquicas y divinizaciones de los Bárquidas. También estamos de acuerdo con el Profesor italiano que la política de los Bárquidas significaba volver al programa de los Magónidas. Muy acertadamente puntualiza E. Acquaro igualmente que los Bárquidas volvían a la época de Tiro. Ni en las monedas hispanas de Gades, coetáneas o ligeramente anteriores a la llegada de los Bárquidas en 237, ni en las posteriores, de finales del s. III a.C. y de época augustea; de Málaga, anteriores al 214 a.C.; de Adra, ni en las de escritura libio fenicia de Lascuta, de Vesci, o de Bailo; ni en las griegas helenísticas de Alejandro Magno con las atributos de Hércules, aparece nunca el dios de Tiro con corona vegetal (L. Villaronga, *Numismática antigua de Hispania*, n.º. 150, n.º. 187-190, 409-419, 491, 426-427, 440, 453-455, 457, 461-462). Sobre retratos de Alejandro y demás reyes helenísticos véase G. M. A. Richter, *The Portraits of the Greeks*, London 1965, *passim*. La autora considera las cabezas de los tres Bárquidas en las monedas retratos, p. 281, n.º. 2015-2017. G. K. Jenkins, *Ancient Greek Coins*, London 1972, p. 259 y P. Marchetti, *Histoire économique et monétaire de la deuxième guerre punique*, Bruxelles 1978, pp. 369 ss., niegan que se trata de retratos, al igual que J. de Navascués, Ni Bárquidas, ni Escipión: *Homenaje al prof. Cayetano de Mergelina*, Murcia 1961, pp. 667 ss.

cartagineses en la Meseta, entre los años 227 y 221 a.C. Estas acuñaciones indican cierta independencia de la metrópoli.

Las acuñaciones del grupo siguiente conservan la metrología fenicia con características hispanas. La tipología es cartaginesa-africana. Se inicia la acuñación de moneda de cobre, que servía para las necesidades de la vida cotidiana. Prueban la estabilidad de la conquista bárquida y el desarrollo normal en la vida de las ciudades. La finalidad de las anteriores monedas de oro y plata era militar. Las monedas de cobre son de buen o malo estilo, según los recursos de las regiones, o de la calidad de los artistas, pero no indican una evolución decadente. Son contemporáneas de Aníbal y del expansionismo cartaginés, poco después del 221.

Las siguientes acuñaciones de cobre y plata corresponden a la etapa de estabilización. Aumenta el peso de las monedas de cobre. Varía la técnica de acuñación. Se vuelve a la posición de cuño fijo y vertical. Coinciden estas monedas con la toma de Sagunto.

Las series del caballo parado son las más numerosas. Después las acuñaciones retroceden, con la ocupación romana. Tienen estilo propio. Estas acuñaciones son del 218 al 206. Desciende ahora el peso del shekel, que llega a equipararse al peso del *quadrigatus* romano. Su número elevado responde a las necesidades de la guerra. Algunas monedas de baja calidad, debida a ser acuñaciones con escasos recursos, proceden del ejército en campañas. A la época post-bárquida o a final del dominio cartaginés en la Península Ibérica se deben las emisiones de las monedas de bronce, de gran peso.

Somos de la opinión, como ya se indicó, que en las monedas bárquidas hay retratos, como lo indica bien claramente su estilo y el hecho de que en una pieza la cabeza lleve diadema y otras coronas de laurel. Fue costumbre de Alejandro Magno y de sus sucesores acuñar monedas con la cabeza de los monarcas con los atributos de diferentes dioses. Baste recordar: moneda de Anfípolis acuñada por Lisímaco a comienzos del s. III, con un retrato idealizado de Alejandro, diadema y los cuernos de Zeus Ammón, al igual que una segunda de Magnesia; de Faselis con el retrato del Gran Macedón y la piel de león de Nemea sobre la cabeza; tetradracma de Ptolomeo I con Alejandro con el gorro de elefante de Dionisio; tetradracma de plata de Seleuco I, acuñada por Antioco I, con cuernos de toro, que le identifican con Dionisio; de Antioco III, como Apolo con la corona de laurel etc. La corona de hojas era también símbolo de la realeza. Aparece en las monedas de Filetairo, acuñadas por Atalo I, por Eumenes I y II de Pérgamo, la cabeza de Mitrídates VI tiene la piel del león de Nemea etc. Siglos después, Marco Antonio acuña una moneda en Asia Menor con su cabeza coronada por una corona de hojas de hiedra, que le equipara con Dionisio. En el gran Camafeo de Francia los miembros de la familia imperial adornan sus cabezas con coronas de laurel. Ello responde a la helenización de los Bárquidas<sup>(49)</sup>. No es obstáculo a ello la falta de letreros, pues las monedas de los monarcas helenísticos no los llevan alrededor de la cabeza. La divinización de los Bárquidas encaja perfectamente en las ideas helenísticas, cartaginesas e íberas, que divinizaban y heroizaban a los reyes y a los

---

(49) G. C. Picard, *Thèmes Hellénistiques sur les stèles de Carthage*: *AAfr*, 1 (1967), pp. 9 ss.; C. G. Wagner, *Critical Remarks Concerning a Supposed Hellenization of Carthage*: *REPPAL*, 2 (1986), pp. 357 ss. Este autor defiende una escasa helenización. G. Brizzi, *Ancora su Annibale e l'Ellenismo: la fondazione di Artaxata e l'iscrizione di Era Lacinia*: *ACFP* 1, pp. 243 ss.; I. Hahn, *Die Hellenisierung Karthagos und die punisch-griechischen Beziehungen im IV Jh. v.C.: Hellenische Poleis*, 2, Berlin 1974, pp. 840 ss.; C. Picard, *Les sources de l'iconographie hellénistique à Carthage*: *ACFP* 1, pp. 725 ss. La helenización de Cartago es anterior a la Segunda Guerra Púnica. El levante ibérico, estaba helenizado en el arte véase A. Blanco, *Historia del Arte Hispánico*, I. *La Antigüedad*, Madrid 1978, pp. 40 ss. incluso en la religión (R. Pallarès et alii, *Presencia de culto griego en la desembocadura del Ebro. Representaciones de Démeter en el Museo Municipal de Reus: Saguntum*, 20 [1986], pp. 123 ss.), a pesar del fuerte impacto fenicio y cartaginés: J. M. Blázquez, *El influjo de la cultura semita (fenicios y cartagineses) en la formación de la cultura ibérica: Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell 1986, pp. 163 ss.

personajes importantes e indujo los divinizaron en vida, como sucedió a Q. Cecilio Metelo en vida en la Bética <sup>(50)</sup>. Se repetiría en su caso el mismo que en la citada moneda de Alejandro Magno con los atributos de Heracles. Demostrarían estas últimas monedas la vinculación de los Bárquidas a Melkart, bien patente en la visita de Aníbal al Heracleion gaditano (Liv., XXI2, 99; Sil. It., III1 ss.). La proa aludiría a la flota cartaginesa, donde servían marineros turdetanos, que se cita frecuentemente en las fuentes, como en el año 217 a.C, en que se entabló un combate naval en la desembocadura del Ebro (Pol., III 95-96; Liv., XXII 19); se habla de 40 naves cartaginesas. A la importancia de los elefantes como nueva arma de guerra ya nos hemos referido. En Cástulo se acuñó monedas durante la época bárquida probablemente en función de las minas. Una emisión lleva busto de Tanit <sup>(51)</sup>.

### *El panteón bárquida*

Se dispone de dos grupos de documentos para conocer el panteón bárquida en la Península Ibérica: las imágenes en las monedas y el panteón de Cartago Nova.

En las monedas bárquidas se representan a Melkart, a Tanit, a una Astarté guerrera <sup>(52)</sup>, que podía ser la anterior diosa, a una Tanit con alas, que sería la pintada en Ilici muchas veces, y en el pendiente de Santiago de la Espada y a Eschmun <sup>(53)</sup>. En Cartago Nova se veneraba a Eschmun, a un Baal metalúrgico, que debía ser el mismo de las monedas de Málaga, de los siglos II-I a.C. <sup>(54)</sup>, típicas de zonas mineras, y a Baal Hammón. El panteón de los Bárquidas es parecido al de Cartago. En Cádiz las tres divinidades principales eran Tanit, Melkart y Baal Hammón <sup>(55)</sup>.

Varios de estos dioses se citan en el juramento de Aníbal del 215 <sup>(56)</sup>.

### *Impacto bárquida en el mundo ibero*

El influjo del gobierno bárquida en lo político y social es difícil de precisar y no debió ser profundo, centrándose entre los años 237 al 207 a.C. Los indígenas conocieron ahora, por vez primera en la Historia, lo que era un poder fuerte y centralizado. Estrabón (III 4, 5) escribe de los iberos que llevaban una vida de continuas alarmas y asaltos, arriesgándose en golpes de mano, pero no en grandes empresas, y ello «por carecer de impulso para aumentar sus fuerzas uniéndose en una confederación potente». Por vez primera Cartago unió a muchos pueblos iberos en una empresa común: la lucha contra Roma.

---

(50) A. Canto, Notas sobre los pontífices coloniales y el origen del culto imperial en la Bética: *La religión romana en Hispania*, Madrid 1981, p. 151.

(51) M. P. García y Bellido, *Las monedas de Cástulo con escritura indígena*, Barcelona 1982, pp. 141 ss.

(52) Mh. Fantar, À propos d'Ashtart en Méditerranée Occidentale: *RSF*, 1 (1973), pp. 22 ss.

(53) J. M. Blázquez, *Religiones primitivas ibéricas*, pp. 181 ss. No se puede dudar de que Tanit fuera la diosa principal de Ilici, ya que en la ciudad existía un templo dedicado a Iuno, versión latina de la Tanit cartaginesa citado en las monedas (L. Villaronga, *Numismática antigua de Hispania*, pp. 265 ss. 998. Es la misma diosa alada de las terracotas de Es Cuyram: M. E. Aubet, El santuario de Es Cuyram: *TMAI*, 8 [1982]); de Sainte-Monique y del sarcófago de Cartago con la «sacerdotisa»: M. E. Aubet, Algunos aspectos sobre iconografía púnica: las representaciones aladas de Tanit: *Homenaje a García y Bellido*, Madrid 1976, 1, pp. 61 ss.

(54) L. Villaronga, *Numismática antigua de Hispania*, p. 161, nos. 421^425.

(55) J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Madrid 1978, *passim*, A. García y Bellido, *Historia de España. España Protostórica*, pp. 391 ss.

(56) F. W. Walbank, op. cit., II, pp. 46 ss. M. L. Barré, *The God-List in the Treaty between Hannibal and Philip V of Macedonia: A Study in Light of the Ancient Near Eastern Treaty Tradition*, Baltimore 1983.